

El cine y el psicoanálisis en la fortuna de lo reversible

Interesante trabajo de carácter comparativo con relación a la importancia, que, a fines del siglo XIX asume tanto la imagen como la palabra a través de dos nuevos campos de acción: el psicoanálisis y el cine, logrando de esta manera ahondar en los temas relativos a la subjetividad e intimidad humana. En opinión de la autora, Maestra en Psicología Psicoanalítica es innegable que entre el cine y el psicoanálisis existe una especie de afinidad mortal que los ha llevado a ser, al mismo tiempo, rivales y amantes.

Flor de María Gamboa Solís

Hacia 1890 algo maravilloso estaba sucediendo en el mundo de la cultura y del saber. Se empezaba a desarrollar el cine y Freud publicaba un artículo llamado *Tratamiento Psíquico (tratamiento del alma)*. Tanto la palabra como la imagen encontraban hacia el final del siglo XIX, un nuevo campo de acción, un reposicionamiento mucho más fecundo de sus alcances para ahondar en los procedimientos de la subjetividad, de la intimidad. Y lo que aparecía encumbrado en diferentes latitudes resulta hoy indiscutiblemente ligado en un sentido reversible y puesto de manifiesto en lo que resultan ser los componentes esenciales de la psique y la materia prima del llamado séptimo arte.

Descomprimamos un poco el planteamiento. Para el psicoanálisis, la importancia de la imagen ya había sido destacada desde los primeros acercamientos de Freud al campo de las neurosis, cuando se da cuenta que el paciente histérico sufre de reminiscencias; es decir, de recuerdos que no han podido acceder al campo de la palabra, pero que desde esa condición producen efectos sintomáticos. Esos recuerdos no eran más que imágenes inalcanzables por la vía de la conciencia a las que era necesario exorcizar utilizando la hipnosis. Pero, no es sino hasta 1900, cuando se publica *La Interpretación de los Sueños*, donde Freud en el capítulo VII, establece formalmente el lugar de la imagen en el surgimiento del deseo; su génesis y su importancia en la causalidad de los síntomas.

Freud afirma que es la primera experiencia de satisfacción, aquella que se produce cuando el alimento tan anhelado por el infante para calmar su tensión de necesidad, penetra su tímida garganta hasta acomodarse por entre los huecos de su lacerado vientre, pero que, además de nutrientes de calcio, incluye la escolta del ritmo melodioso de una voz que llama, la tibieza de una piel que abraza y la ternura de una mirada que envuelve los gritos con nubes de promesas y de futuro, para convertirlos en susurros adormilados de certezas. Esa primera experiencia de satisfacción zafada de su apuntalamiento biológico y cabalgando así por su cuenta, revolucionará el corazón del bebé en un momento aún incierto de su humanidad y se registrará como primera huella mnémica constituyendo



simultáneamente, el origen del psiquismo. Se trata pues de una imagen inaugural que será evocada en adelante y al infinito como modelo de la satisfacción y del amparo del deseo.

Considerando lo anterior, podríamos afirmar que para el psicoanálisis la imagen es pues, el motor que pone en movimiento la dinámica psíquica, así como el movimiento de la imagen es para el cine el motor de su existencia ya que en la génesis de dicha puesta en marcha, se ubica como su próxima, a la estaticidad bidimensional que caracteriza a la fotografía. Es decir que para el cine las cosas marcharon al revés, pues su origen está en el *no movimiento*, en la presencia silenciada de una imagen que pretende dar cuenta de la realidad física para establecer un testimonio de lo viviente. Es hasta que una imagen junto a otra y junto a otra, se activan mediante la organización de un movimiento continuo o a intervalos debidamente calculados, que la estaticidad se materializa en un filme con la consecuente posibilidad de salirse del campo de los fenómenos para recrear la realidad. El movimiento de la imagen que da vida al cine también abre una brecha para mirar lo interior desde muy variadas referencias significantes.

Otro de los componentes del psiquismo ligado a la imagen es la palabra. Hasta antes de Freud no era plausible la erradicación de una enfermedad denominada nerviosa por vías carentes de instrumentos de acero y de terminales eléctricas. Parálisis de miembros, movimientos agitados y rebeldes de los ojos o de las manos, que no conformaran en sí mismos la exposición de un detrimento orgánico o para los que no se encontrara algún vestigio de huéspedes virulentos esculpiendo formas patológicas de funcionalidad, se consideraban mera teatralidad, simulación pura. El efecto curativo de la palabra es enfatizado por Freud en el artículo de 1890 antes señalado, tornando así la ingenuidad de un acto indudablemente humano como lo es el lenguaje, en poder ensalmador. Leámoslo.

Un recurso de esa índole es sobre todo la palabra, y las palabras son, en efecto, el instrumento esencial del tratamiento anímico. El lego hallará difícil concebir que unas perturbaciones patológicas del cuerpo y del alma puedan eliminarse mediante meras palabras del médico. Pensará que se lo está alentando a creer en ensalmos. Y no andará tan equivocado: las palabras de nuestro hablar cotidiano no son otra cosa que unos ensalmos desvaídos. (Freud, 1890:115).

De esa manera, se recupera para la palabra un lugar de creación, que puede confeccionar con la historia de las imágenes alojadas en el crepúsculo de la memoria del ser, la cuna perfecta para su advenimiento. Y Lacan, por su parte, no hace sino ratificar este nuevo estatuto de la palabra cuando plantea que hay un orden que antecede al sujeto, que escapa a todo tipo de acción volitiva y que habita cada uno de los rincones de su frágil condición, se refiere al orden del lenguaje. En ese sentido, la idea del inconsciente cambia. Deja de ser aquel recipiente abismal humedecido por las fauces pulsionales para adquirir una tesitura de exterioridad, aunque siempre revestida e investida por los efectos de la metonimia y de la metáfora; figuras lenguajeras que danzan de un modo específico en la partitura de cada cual.

En el cine no sucede algo muy diferente cuando se incorpora al movimiento de las imágenes, la palabra. Pues aunque el propio movimiento posibilita que lo

Para el psicoanálisis la imagen es pues, el motor que pone en movimiento la dinámica psíquica, así como el movimiento de la imagen es para el cine el motor de su existencia.



anteriormente estructurado de una imagen se transforme en pirotecnia de alto impacto afectivo, como lo demuestran las carcajadas que se desatan frente a las películas mudas de Chaplin de principios del siglo XX, es necesario que la palabra, organizada en torno a un argumento, penetre la imagen, la ponga en suspenso, le arrebathe su poder encantador y de esa manera, amplíe los desfiladeros de la significación.

Dicho de otra manera, la imagen que proyecta el cine mudo, gestual y corporal ofrece la posibilidad de sembrar en los espectadores racimos jugosos de conjeturas, que quedarían libradas a una especie de caos sentimental si no fuera por su anudamiento a la palabra. Pero el efecto de tal anudamiento es diferente dependiendo de la fuente de la palabra: o es provista por la película misma o es puesta por el espectador. Pues evidentemente, aunque las primeras películas no proyectaran el decir expreso de uno de los personajes, no implica que el espectador también se quedara mudo; pero lo que decía tenía más que ver con un esfuerzo por descifrar la imagen, que con un argumento para cuestionarla, para manifestar un acuerdo o un desacuerdo; en otras palabras, para amarla o para odiarla. Al poner la película su palabra a la imagen, el espectador tiene la posibilidad de encontrar algo de él mismo en ella, en los dos sentidos: de búsqueda de lo perdido aunque nunca haya estado en algún lugar; o de hallazgo de lo parecido.

Es innegable pues que entre el cine y el psicoanálisis existe una especie de afinidad mortal que los ha llevado a ser al mismo tiempo rivales y amantes. Rivales porque tanto uno como otro ofrecen vías de acceso a la subjetividad, y con ello posibilidades alternas para que hombres y mujeres, construyan significaciones nuevas y diferentes; y porque con la asistencia de ambos es posible tocar las puertas del infierno y/o abrir las del paraíso. Hay quien prefiere ir al cine y acomodarse en una butaca, que recostarse en un diván y hablarle a sus fantasmas. Y amantes, en el más amplio sentido del término, porque se comparten sus atributos y se aceptan sus defectos. Muestran frente al otro no sólo las puntas de sus icebergs sino también las grietas de sus miedos. Se alimentan mutuamente para mantener su vigor y su fortaleza; su brillo y su claridad. Se acompañan en los tiempos difíciles y violentos y comulgan con los mismos ideales. Las preguntas de uno intentan ser contestadas por el otro, pues en ambos las respuestas están por venir.

BIBLIOGRAFÍA

Freud, S. (1890): *Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)* en Obras completas, t. 1. Argentina: Amorrortu.

Narcisismo y relaciones parentales

La Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica de la Infancia y la Adolescencia, Ruth Vallejo, quien realizó su tesis de grado sobre el tema “Deseos parricidas en una paciente con trastorno narcisista”, destaca, con base en diversos teóricos del psicoanálisis, cómo influyen las relaciones con los padres para que un sujeto llegue a desarrollar una personalidad narcisista.

Ruth Vallejo Castro

El mito de narciso ha sido estudiado por el psicoanálisis no sólo como un concepto aislado, sino como un amplio objeto de estudio. El nacimiento del mismo es concebido por Freud en 1909 ante la Sociedad de Viena, como una etapa intermedia en el pasaje del autoerotismo al aloerotismo, implicándose la teoría de la libido y el destino de la pulsión. Desde entonces ha tenido un complejo desarrollo siendo muchos los contenidos a los que da albergue este término.

El presente artículo tiene la finalidad de dar muestra de una de las aportaciones que se han hecho a los principios teóricos freudianos en torno al narcisismo específicamente hablando de la implicaciones de las figuras parentales para la conformación del sujeto narcisista.

En estudios recientes la teoría psicoanalítica de las relaciones de objeto brinda un panorama aparentemente diferente por el discurso, pero significativamente similar a lo que la teoría psicoanalítica ortodoxa y kleiniana postula. Estrada-Inda (1990), formula que el desarrollo del aparato psicológico, específicamente de la autorrepresentación y del sentido de realidad con las funciones yoicas que éste implica, es inicialmente producto del proceso de separación-individuación que logra un individuo en condiciones normales del desarrollo, este es el mismo concepto que utiliza Margaret Mahler y sitúa alrededor de 5 a 36 meses de edad en las fases del desarrollo psíquico del niño (Mahler, 1977) y que es también utilizado por Kernberg en sus etapas del desarrollo (Kernberg, 2002).

